

LA GUARDIA CIVIL

Dos guardias civiles han sido asesinados en Barcelona. El hecho empieza a ser tan frecuente que la noticia se expresa en un lenguaje sin alarma. El dramático, el helado acontecimiento consiste en que la muerte de guardias civiles ha dejado de ser un excepcional acontecimiento. Para mí han muerto dos hombres del pueblo, carne y sangre real de nuestro pueblo real, y me angustia su muerte menos de lo que me angustia su vida. Yo creo, y he tenido ocasión de sentirlo y quiero decirlo, que la comunidad española mantiene a la Guardia Civil en un terrible, un injusto exilio de afecto y que, ante una inmensa impavidez social, los guardias civiles siguen muriendo.

Espartanos de una sociedad opulenta, morir es parte de su oficio. Su vida es severidad, diligencia y pulcritud exacta en el servicio, salarios de asambre, austeridad como pauta de vida, silencio, soledad. Cualquier día, de cualquier manera, van a morir en el cumplimiento de su deber. Como en los accidentes de tráfico, se podría prevenir cuántos números, cuántos efectivos, cuántos miembros..., cuántos hombres de la Guardia Civil van a morir el próximo año, tan lleno de promesas, al servicio de nuestro país y para que éste pueda vivir sus nuevas esperanzas en paz.

Hay en España doscientos partidos, miles de asociaciones para todos los fines pensables, una corriente poderosa de atención a la comunidad, una enérgica llamada a la solidaridad. De ese abundante caudal no se prodigan las veraces palabras de condolencia, los gestos humanos ni los sentimientos de gratitud para los guardias civiles que con sus vidas preservan las nuestras. Una reflexión que no quiere ser desclada debe recordarnos que, además del otorgamiento de medallas a título póstumo, todos tenemos deberes contraídos con las vidas de los que aseguran el orden. No es, en absoluto, una cuestión de ideologías, es, exactamente, un asunto elemental de ciudadanía.

Fernando LANZACO